

LA VISITA
DE DIGESTIÓN



LA VISITA DE DIGESTIÓN.

QUÉ es eso! preguntó doña Rosa con mucho interés, porque era dispéptica.

—La visita de digestión! contestó un pollo que tenía mucha confianza en la casa, vaya! todo el mundo sabe lo que es la visita de digestión.

—Menos yo, replicó doña Rosa, y cuidado si me importa saber todo lo que se refiere al estómago; porque lo que es el mío me tiene aburrida. Expílicate Alberto y dime por fin qué es eso.

Alberto que hojeaba un álbum.—Que se

le explique á usted Esther, ella fué la que lo dijo.

—Yo no me doy tono de saberlo, como Alberto, y confieso sin embozo que no sé lo que es visita de digestión: contestó Esther, y precisamente porque no lo sé, me ha estado labrando la frase desde que se la oí á ese joven de la Legación que vino anoche.

—Pues estamos frescos! dijo doña Rosa, No hay cosa peor que estar oyendo una palabra sin entenderla.

Alberto que en la materia estaba tan á oscuras como los demás, vislumbró un rayo de luz; recordando efectivamente que el joven de la Legación había dicho que tenía que hacer la visita de digestión á N., creyó haberlo comprendido todo, y con la seguridad de que sabía más que todos.

—La visita de digestión, dijo con tono magistral, es la que está uno obligado á hacer á los pocos días después de haber sido invitado á comer.

--Cómo es eso de obligado! exclamó do-

ña Rosa. Quién ha impuesto esa obligación?

—La costumbre, contestó Alberto.

—Es la primera vez que oígo semejante cosa. Lo que soy yo, he sido convidada á comer muchísimas veces en mi vida, y no por eso me he creído obligada á hacer semejante visita. Esas son invenciones de Alberto.

—No son invenciones mías, Rosita, pregunte usted á personas competentes y experimentadas.

—Ya se ve que sí. Preguntaremos; pero sólo para probarle á usted que eso de la visita de digestión es un absurdo.

D.^a Rosa, era una de esas personas refractarias á toda innovación y á todo aprendizaje. Y como además era mayor de edad, y por su posición había tratado muchas gentes, y dado muchas comidas, en las que siempre había recibido los elogios y cumplimientos de sus comensales, estaba enteramente segura de que nada tenía que aprender en esta materia.

—Habrás visto, decía, venirme á mí

ahora con que se tiene que hacer visita después del convite! y luego, quién lo dice! un pollo sin experiencia y sin sociedad como Alberto.

Picada doña Rosa no quitó el dedo del renglón y se propuso hacer tema de sus inmediatas conversaciones lo de la visita de digestión.

En la noche le preguntó á un señor muy pulcro y muy bien educado, que era visita de la casa hacía algunos años.

—Le diré á usted, Rosita, le contestó aquel señor. Efectivamente entre nosotros no es una costumbre muy generalizada de hacer una visita después de haber concurrido á una comida ó á cualquier otro convite; pero en realidad de verdad, ésa es la regla prescrita por la buena educación.

—Quiere decir, interrumpió doña Rosa, que, los que no hacemos esa visita, somos mal educados.

—No, Rosita, no digo tanto, y he comenzado por decir que entre nosotros no está generalizada esa buena costumbre.

—Eso es. No está generalizada. Estamos conformes. Pero lo que yo pregunto ahora es esto. ¿Los que no hacemos la visita de digestión, cometemos una falta?

—Respecto á las leyes de urbanidad, no puede negarse que ésa es una omisión, pero respecto á nuestras costumbres es otra cosa, porque.... en fin, usted vé que nadie practica esa regla.

—Eso es lo que yo digo. De manera que no hay en ello falta ninguna.

—No hace mucho, me decía un personaje, continuó el señor pulcro, que había experimentado un desagrado profundo después del primer convite que hizo en México, al ver que las personas invitadas no habían vuelto á verle después de la comida; que hasta llegó á tomar como una muestra de estudiado desvío la omisión de la visita que esperaba, y se persuadió de que su tentativa para estrechar sus relaciones con sus convidados había salido fallida. Consultó el hecho con algún otro extranjero que había residido mas largo tiempo que él en

México, y lo tranquilizó, manifestándole que aquí no se llevaba muy estrictamente esa costumbre.

—Acabara usted! Ya lo comprendo ahora exclamó doña Rosa; se trata de una costumbre europea. Yo he tenido razón al sostener que eso no reza con nosotros; por que cada uno en su tierra tiene sus prácticas y sus costumbres. Cosas de los extranjeros habían de ser! Pues ya se lo digo á usted; yo por mi parte estoy cansada de convidar á comer en mi casa á multitud de personas, y hasta ahora ninguna me ha salido con la pata de: aquí estoy porque vengo á hacer la visita de digestión; no señor, los convidó, vienen, comen y se van, y hay veces que se me pasa un año para volver á ver á alguna de las personas que comieron con nosotros. Sin ir muy lejos, mi compadre Gutiérrez: viene cada año el día de mi santo, pasa el día con nosotros, come, brinda por mí en la mesa, se va y adios, hasta el año que viene, el mismo día de Santa Rosa de Lima.

—Efectivamente, ésa es la costumbre de

muchas gentes, dijo el interlocutor de doña Rosa.

—Y ahora que me acuerdo, ¿conoce usted á las R...

—Sí, conozco á toda la familia.

—Ya ve usted qué *entonadas* son y qué pataratas. Como que han estado en Europa y *la echan de aristócratas* no es extraño que hayan creído que yo soy una persona mal educada.

—Pues qué ha pasado?

—Nada, que las convidé á comer un día.

—Ya me acuerdo.

—Vinieron todos y comieron con nosotros. A los pocos días ahí están las R; cosa que las agradecí mucho á las pobres y recibí su visita como una prueba de su estimación. Quedé de que las iría á ver muy pronto, y semanas y semanas y nada. Para no cansar á usted, llegó el día del santo de la señora y nos convidaron á comer, y fuimos; fuimos, sí señor, y comimos muy bien, porque ya sabe usted que allí es todo de lujo. De esto hará como seis meses, y ni las R...

han vuelto á hacernos una visita ni nosotros tampoco.

—Pero por qué, señora?

—Qué quiere usted! achaques que no faltan; ya que el catarro de Juan, que le dió tan fuerte; ya que Pancho viene tarde, ya que las noches están malas, ó que tenemos visitas, ó lo que usted quiera; el caso es que se nos ha ido pasando el tiempo, y meses van y meses vienen, y nosotros no podemos hacer por fin la visita á las R.... Se pudiera decir que hemos quebrado.

—Cuánto lo siento!

—Y ahora estoy cayendo en cuenta. Mire, usted, las R.... son personas de *etiqueta* muy pegadas á todas esas *monerías* y es seguro que la visita aquélla que nos hicieron, fué la consabida visita de digestión. ¿No le parece á usted?

—Por de contado. Supuesto que son tan cumplidas.

—Pues bien. En seguida nos convidan á comer, no obstante no haberles hecho ninguna visita. Vamos á la comida y desde ese

día no las hemos vuelto á ver para nada.

—Ah! pues está claro, dijo el señor. Las R, esperaban la visita de digestión; usted no la ha hecho y ellas dan por cortadas las relaciones con ese desaire.

—¡Cómo desaire!

—Digo. Eso es lo que las R... han de pensar, supuesto que ellas tienen esa costumbre

—Ya usted lo ve, por eso no me gusta á mí tratar con «personas de cumplimiento» que andan con todas esas «etiquetas» ridículas. A mí me gustan las amistades francas y sin cumplimientos.

—A mí también, dijo entrando en la sala una persona.

—Oh, Licenciadito, tanto bueno por acá! exclamó doña Rosa. Pase usted á sentarse.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, Licenciado.

—De qué se trataba?

—De la visita de digestión, dijo riéndose doña Rosa. Usted sabe lo que es eso?

—Sí, Rosita. Todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo? Eso sí que no; porque á mí me ha cogido de nuevo.

—Es posible?

—Si, Licenciado, y debe usted convenir con nosotros en que ésa es una costumbre nueva que pretenden introducir aquí los extranjeros.

—No soy de esa opinión. Eso no tiene nada de nuevo. Esa visita es de rigor entre personas bien educadas.

—Adios de mí! exclamó doña Rosa, pues con otro testigo me ahorcan. A lo mejor va resultando que yo soy una persona sin educación.

—Pero quién ha dicho eso, Rosita?

—Todos: el señor y usted que dicen que esa visita es de rigor. Yo sostengo que eso será en otras partes, pero no en México.

—Vea usted, Rosita. Lo que es de rigor, lo es en todas partes. Lo que sucede es que en México, ésa y otras muchas reglas de urbanidad, no se practican por toda clase de personas.

—Adios! Ahora está peor el cuento! y yo voy resultando ser de «la clase» de personas que no practican las reglas de urbani-

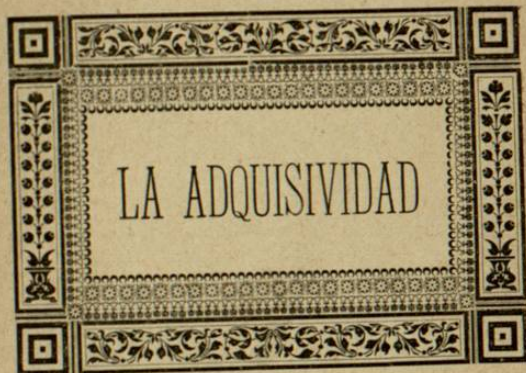
dad. Pues le diré á usted Licenciado, que empiezo por negar que ésa sea una regla de urbanidad.

—Eso sí me consta, Rosita. Yo tengo muy buena memoria, y recuerdo perfectamente que esa visita está prescrita en el código de urbanidad, y tiene por objeto manifestarse agradecido al obsequio ó agasajo recibido; porque convenga usted, Rosita, en que esto que le den á uno de comer bien, ó que lo llamen para disfrutar de una reunión, de un baile ó de un concierto, es cosa de agradecerse; y parece muy natural, no darse por bien servido, sinó corresponder á la manifestación ú obsequio amistoso con tomarse la molestia de hacerse presente á los pocos días. Esto me parece muy natural y no sólo, sino que sin la práctica de esta regla no es posible estrechar los lazos sociales, que es precisamente el objeto de las reuniones y las invitaciones á comer.

—Todas esas son argucias de licenciado, dijo doña Rosa; yo nunca he hecho esa visita, ni me la han hecho á mí, en lo cual han

hecho muy bien mis amistades, porque bastante favor me hacen en venir á mi casa, cuando las convido, y ya no me creo con derecho de exigirles que vengan dos veces.

Tanto el licenciado como el otro señor, comprendiendo que doña Rosa no había jamás de cambiar sus costumbres, mudaron de conversación.





LA ADQUISIVIDAD.

LICURGO dividió el territorio de la República de Esparta en treinta y nueve mil partes para repartirlas entre nueve mil familias espartanas y treinta mil *periecos*, y eso sin consultar previamente si los espartanos tenían desarrollada la protuberancia del cráneo á la que la frenología atribuye la propensión á adquirir. Quería Licurgo que cada uno de los defensores de la patria defendiera lo suyo con el doble caracter de propiedad particular y de territorio nacional.

Sea ó no el resultado de una protuberancia huesosa la adquisividad, ha sido desde el origen de los pueblos la primera prenda de la estabilidad social y uno de los primeros alicientes del amor á la patria.

La adquisividad ha engendrado el espíritu de conquista, y los pueblos de la antigüedad se han despedazado unos á otros durante siglos merced á su propensión á adquirir territorio. La adquisividad, arma de valor heróico á los navegantes portugueses, trae á Colón al Nuevo Mundo y en seguida á Cortés, cuya propensión á adquirir también, comprobada por la historia de la conquista, no le va en zaga á la de los denunciadores del hospital de Jesús.

¿Qué sería del mundo si los hombres no contáramos para nada con esa inapreciable tendencia de adquirir? la humanidad sería todavía cazadora, carnívora y salvaje.

Por la adquisividad hubo agricultura y arquitectura, artes, y sobre todo industrias. Todas ellas tienen casi el exclusivo objeto de fomentar la adquisividad.

A imitación de Licurgo, Manuelito Carrera nos ha repartido el territorio de la República de la Castañeda á treinta mil peñecos, casi tan pobres, los más, como aquellos espartanos, propietarios de la noche á la mañana en virtud de una ley.

La adquisividad nuestra se despertó á la idea de colonizar la Castañeda; idea á su vez engendrada por la adquisividad de Manuel Carrera.

Esta preciosa facultad ha hecho los milagros de la opulencia, y por ella existen en el mundo los millonarios; sólo que si lo poseído guardara relación con el desarrollo del órgano huesoso de la frenología, la casta de los ricos, especialmente en los Estados Unidos, necesitaría usar sombreros de una forma especial y algunos, como Vanderbilt, serían una especie de unicornio mitológico.

La adquisividad tiene el defecto de engendrar ladrones; pero esto depende de las pasiones humanas, y del «modus faciendi;» porque la tendencia en sí no tiene nada de

malo: al contrario ella ha cambiado la faz del mundo.

En nuestros indios esa facultad es completamente nula, por cuanto á que los pobres se abstienen intencionalmente de adquirir, porque no se lo roben, y una masa considerable compuesta de individuos de raza mixta, vive con el día por la misma razón. Las condiciones domésticas de tiempo inmemorial inveteradas ponen al barretero de las minas y al jornalero en la necesidad de gastar toda la raya en sábado y domingo, porque no tienen dónde guardarla, y por otra parte en esa clase de adquisividad ha asumido todo el carácter de rapiña, ó sea el de adquirir lo necesario para el momento, aún sin el consentimiento de su dueño.

El bienestar social está en relación de la multiplicidad de hogares domésticos. Por eso el exceso de concurrencia en los cafés, en los garitos y en las loterías son un síntoma de malestar y decadencia. En todos los centros de civilización se está procurando hace tiempo proporcionar cierto número de

comodidades domésticas á las clases pobres, porque el hogar doméstico es el santuario de los deberes, la cuna de las afecciones, el objeto mas noble de las aspiraciones del hombre, el teatro de las virtudes, el verdadero consuelo, la verdadera paz y la verdadera dicha; pues como dice muy bien Zimmerman, no hay felicidad posible fuera del hogar doméstico.

Y si algún pueblo del mundo necesita una protección decidida á efecto de proporcionarle las comodidades del hogar es el pueblo nuestro, en el que predominan el estoicismo y la indiferencia de la raza indígena, que entre los que pueblan la tierra está considerada como raza cansada y caduca, como originaria de una civilización tan remota y perdida para siempre en la historia del mundo.

Hay algunos millones de habitantes en nuestro territorio, que basta con que en ella sea, como hemos dicho, casi nula la tendencia de adquisividad legítima, para constituirse en una masa estacionaria é iner-

me en el gran trabajo del progreso nacional, limitando su producción y su consumo en un estancamiento rutinario y perenne.

La mas ligera modificación en el vestuario de esos millones de habitantes, el mas pequeño adelanto personal, como el uso de pantalones y de zapatos, emplearía un gran impulso á las industrias, al comercio y al movimiento del capital; y este adelanto prepararía los subsecuentes; porque es mas fácil progresar, una vez impreso el movimiento, que desarraigar rutinas inveteradas y costumbres que han tomado con los años el carácter de estado definitivo y absoluto.

Ya en alguno de nuestros Estados, y echando á un lado escrúpulos contenciosodemocráticos, ha habido gobernador, á quien causándole rubor que el pueblo se presentara en público en paños menores, ha prescrito el uso de los pantalones. Si este ejemplo se imitara en nuestro Distrito y en todas las capitales, serviría de una lección provechosísima á los millones semi-desnudos, cuyos individuos tendrían por la pri-

mera vez la noción del respeto público, la noción del deber de respetar las costumbres de la mayoría civilizada; y esta coacción saludable pondría á esas masas en el camino del progreso común, y en la posibilidad de seguirse civilizando, que es la gran misión de los pueblos todos de la tierra.

El primer paso al mejoramiento individual es el aseo y la compostura. No es mucho que, á nombre del derecho de adquisividad y de las masas desnudas, abogemos porque se pongan los pantalones. Y por más que tengamos la vista acostumbrada á esas desnudeces, su inconveniencia saltará á nuestra mente imaginándonos que en lugar de adquirirlos ellos nos los quitávamos nosotros.

